

aire tal de amenaza, que el agente de policía juzgó prudente batirse en retirada. Había visto en el vestíbulo un lacayo de aventajada estatura, y estos servidores de las viejas familias, cuando sienten cariño hacia los amos, suelen ser algo brutales llegado el caso. Así es que saludó diciendo :

— Señor marqués... sentiría mucho haberos molestado...
Podeis creer que... señor marqués...

— Pasadlo bien... Y si volvéis á encontrar por ahí á ese tal Leclerc, mandádmelo; yo me encargaré de ponerle las peras á cuarto...

Y dando un portazo, desapareció de la vista de Braconneau, quien, todo compungido, se alejó diciendo :

— ¡ Estas gentes son audaces ! ¡ Negar la complicidad cuando se huele aquí á cien leguas !... Bueno; hagamos vigilar este nido reaccionario, y volvamos á París. Mi jefe se encargará de encontrar razones para convencer al marqués de que no debe continuar echando plantas...

Volvió á la posada, y al día siguiente tomó el coche para Chalón.

CAPÍTULO IX

Sentada en una otomana, ligeramente apoyada en los cojines de terciopelo de seda, con los ojos á medio cerrar como si las cuentas y las explicaciones de los dos hombres la adormeciesen, la señora de Lerebourg miraba sonriendo á su amado Víctor Leclerc, que, en el despacho situado en el entresuelo de *El gorro azul*, rendía al comerciante relación detallada de su viaje. No tenía necesidad alguna de disimular : su marido, sentado á la mesa, le volvía la espalda; Víctor Leclerc, en pie ante la chimenea, hablaba consultando á la vez un cuadernito lleno de números y de notas, y mientras parecía no ocuparse más que de Lerebourg, sus miradas iban dirigidas á Emilia. Llegado la víspera de regreso de su viaje á Lión, había proporcionado al dueño de *El gorro azul* la sorpresa de presentarse en la tienda muy de mañana, y, desde las diez, hablaba sin cesar de terciopelos de Génova, de gro de Nápoles, de sedas, de bordados, de brocados, sin separar la llama de sus ojos de las hermosas pupilas de madama Lerebourg.

— Amigo mío, sois un hombre precioso, — exclamó el

negociante; — las adquisiciones que habéis hecho por mí cuenta son muy ventajosas, y tenéis tanto gusto como habilidad. Sobre todo, el monopolio de las nuevas pasamanerías para los uniformes, en Saint-Etienne, es un golpe maestro, y el general Murat, que tanto se plañe de la pobreza de los uniformes de caballería, va á saltar de regocijo... En cuanto á lo demás, señor Leclerc, vais á cobrar una no despreciable comisión sobre todos esos negocios...

Una nube obscureció la frente del joven, y pareció contrariado en extremo por la obligación en que se iba á encontrar de recibir dinero de manos del esposo de Emilia.

— Ciudadano Lerebourg — respondió el joven, — ya arreglaremos esas cuentas más tarde, si os parece. Por ahora, tengo más dinero que necesito y, mientras no me fije definitivamente en un sitio, no sabría donde colocar lo que me diérais.

— Sea; á vuestro gusto, amigo mío; pero las cuentas claras hacen los amigos viejos. Fijaré la cantidad que os corresponde por vuestro corretaje, y el importe total quedará en mi caja á vuestra disposición.

— ¡Perfectamente!... Me voy á ausentar por algunas semanas... Á mi regreso haremos cuentas.

— ¿Cómo? ¿Vais á marcharos otra vez? — preguntó madama Lerebourg.

— Sí, ciudadana, — respondió Leclerc. — Mi destino es el de rodar por todas las carreteras francesas. Acabo de llegar del Mediodía, y ahora voy hacia el Norte. Siempre hacia los cuatro puntos cardinales. Tengo que ir á Flandes, á Brujas y á Malines por los encajes...

— ¿Estaréis ausente mucho tiempo?

— No puedo fijar de antemano la duración del viaje, porque, una vez en Flandes, es muy posible que me llegue hasta Colonia y Maguncia... Los mercados de Alemania han

estado cerrados para nosotros durante mucho tiempo á causa de la guerra, y en ese país debe de haber muy bonitos negocios á estudiar....

— ¡Qué activo sois! — exclamó Emilia suspirando.

— Tiene razón. Mientras se es joven como él conviene trabajar... Hará fortuna, y le casaremos con alguna hermosa muchacha que lleve como dote un comercio ya acreditado... Varios amigos tengo yo que se considerarían muy afortunados de topar con un yerno de tan buen carácter y hermosa presencia como Leclerc...

— ¿Quién te manda meterte en eso? — interrumpió madama Lerebourg con voz alterada... — Podías consultar al señor Leclerc sobre sus intenciones, antes de disponer de él como lo haces...

— Por ahora no pienso en casarme — exclamó el joven riendo. — ¡No tengo tiempo!

— Y además, quizá tengáis por ahí algún amorío que os traiga al retortero...

— ¿Cómo podría conquistarle andando siempre de viaje? No, ciudadano Lerebourg; soy libre como el aire, y la mujer á quien yo diga: os amo, me podrá creer con absoluta confianza.

Tan claras palabras llamaron la sangre al rostro de Emilia, que inclinó la cabeza, sonriendo. Lerebourg, entregado á sus preocupaciones comerciales, recogió las muestras que se desperdigaban sobre la mesa y en los muebles del gabinete, y volviéndose hacia el joven le preguntó:

— Decidme, Leclerc; ¿podéis concederme un cuarto de hora para redactar una lista de pedidos y dárosela? Conveniría que vuestro correo para Lión saliera hoy mismo...

— ¡Saldrá! Esperaré á que hayáis terminado.

— Mi mujer os hará compañía mientras tanto, — añadió el comerciante con tan confiada bondad que hizo asomar una sonrisa á los labios de Emilia...

Saint-Regeant no pestañeó siquiera; dejó que Lerebourg acabara de descender por la escalera de caracol que á la tienda conducía, y apenas extinguido el rumor de los lentos pasos, se aproximó á Emilia, arrodillóse ante ella, y tomándola una mano la oprimió contra los labios con ardor. Reclinada sobre la otomana, la joven contemplaba con satisfacción al hermoso mancebo á sus pies rendido, y no retiró la mano cuya piel se estremecía bajo la caricia de los labios.

— ¡Sed razonable! — exclamó ella. — Os he dejado mi mano para consolaros de tan larga ausencia, pero no conviene abusar.

— ¡Cruel Emilia! — respondió Saint-Regeant levantándose. — Vuestro marido es más generoso que vos; él quiere pagarme mis merecimientos...

No respondió ella á este reproche, sino que mirando al joven con una ansiedad que no intentaba disimular, le preguntó :

— ¿Es verdad que os alejáis de nuevo?

— No, amada mía; no me voy; pero es necesario que el señor Lerebourg no me vuelva á ver en algún tiempo. Si él supiera que estoy en París, y que no vengo á vuestra casa, se extrañaría. Es necesario que me crea ausente.

— Y yo, ¿tampoco os veré?

— Eso dependerá de vos.

— ¿Pues?

— Á fines de esta semana iré á vivir á un escondite seguro, donde permaneceré al abrigo de toda clase de indiscreciones y de vigilancias. Vos iréis á verme.

Emilia hizo un gesto de estupor :

— ¿Eso pensáis?

Sonrió Saint-Regeant, y bajando un poco la voz añadió :

— En ello pienso únicamente. Desde mi salida de Lión no

he vivido más que esperando la hora dichosa de verme en vuestra presencia.

— Bueno, pues ya ha llegado. Esa hora tan deseada la estamos viviendo...

— Sí; pero ¡ con qué falta de libertad ! En derredor nuestro, todo el personal de la casa, que nos vigila; vuestros criados, que nos pueden sorprender en cualquier momento; vuestro marido, alejado por un cuarto de hora, y al que tan sólo separa de nosotros el piso... No, Emilia; no es así como yo he soñado veros. Esta entrevista ceremoniosa y casi glacial, que apenas me permite exteriorizar mi ternura, no es la hora del amor por la cual estoy dispuesto á arriesgar la vida.

— ¡ Callaos, — interrumpió madama Lerebourg poniendo su nivea mano sobre los labios del joven; — deliráis !

— Sí, deliro cuando pienso en vos. ¿Cómo podría permanecer sereno cuando os hablo? Os pertenezco tan por completo, que no hay una sola fibra en mi ser que no se estremezca á vuestro contacto. Y vos, vos estáis completamente insensible á mi lado.

— ¿Estáis seguro? — respondió ella con coquetería. — ¿Qué acogida esperábais de mí? ¿Pensábais que me iba á arrojar á vuestro cuello? ¿Por quién me tomáis?

— Querida Emilia, no puedo soportar que no seáis mía por completo. Si me amáis, no me hagáis sufrir. Acaso no me queden sino pocas horas de vivir cerca de vos, ¡ no me regateéis la felicidad !

— ¿Qué queréis decir? — gritó casi la joven palideciendo. — ¡ Dios mío ! Apuesto á que os habéis lanzado de nuevo en alguna terrible aventura ! Pretendéis amarme y tenéis otras preocupaciones que no son mi amor; pretendéis amarme y os ocupáis de vuestra horrible política. Es una rival que no puedo soportar. No, caballero; nada obtendréis de mí, mientras no adquiráis conmigo el compromiso formal de no arries-

gar vuestra existencia en cualquiera criminal empresa.

— ¿Es una bretona la que así habla? ¿Es una realista? ¿Habéis olvidado las virtudes de vuestra raza? ¿Han muerto todos los vuestros por la fe, para que vengáisi á pedirme que deserte de su causa? Precisamente, porque pienso en vengarlos, debéis amarme. Y en vez de consejos de prudencia, palabras de estímulo es lo que necesito oír.

— ¡Es que es una lucha insensata la que vais á emprender! ¿Combatir á Bonaparte? Es lo mismo que si quisiérais atacar al Destino. ¿No veis que ese hombre marcha conducido por el dios de la guerra? Os barrerá, como á todos cuantos le combatan en su persona ó en sus triunfos.

— Que sea poderoso, ¿es una razón para inclinarse delante de él? Su suerte no será eterna, y día llegará que encontrará la horma de su zapato. ¡Es un monstruo que hace falta destruir antes de que haya tenido tiempo de devastar la humanidad!

Pasó la mano por la frente que había empalidecido, y agitando la cabeza, añadió con una sonrisa:

— Pero ¡qué locura! ¡No disponemos más que de unos instantes para decirnos que nos amamos, y los perdemos en hablar de ese despreciable corso! Emilia, tenéis derecho para reprocharme estas tonterías...

— Entonces, venid á sentaros al lado mío.

Saint-Regeant tomó asiento en la otomana, y su muslo, nervioso, moldeado dentro de un pantalón de gamuza, rozó la rodilla de la joven. Tan cerca estaban uno de otro, que el delicado perfume que exhalaban los vestidos de Emilia envolvió rápidamente al enamorado doncel. Pasó dulcemente el brazo alrededor del esbelto talle, é inclinándose sobre el rostro que no le huía, desfloró los labios con besitos rápidos que poco á poco fueron conquistando la boca y en ella se detuvieron. Durante un instante, silencio

absoluto los envolvió. Después, la voz temblorosa de Saint-Regeant murmuró:

— ¿Vendréis?

Ella no respondió con la boca, pero dieron el asentimiento los ojos.

— Dentro de tres días me instalaré en casa de una modista que vive en la calle del Dragón, una casa hábilmente dispuesta para que se pueda uno ocultar sin peligro de ser descubierto. Os enviaré la dirección exacta y la palabra convenida para que seáis recibida. Es necesario que yo me aleje ostensiblemente de París, y cuando vuelva, volveré disfrazado é inconocible.

— ¡Oh, cuánto me asusta todo eso! ¿Y cómo podré ir á veros, sin ser notada, seguida, y sin hacer que se os descubra?

— Ya lo combinaremos de antemano y con gran cuidado. Vos no correréis ningún riesgo; fiaos de mí.

Y al acabar de decir estas palabras se separaron vivamente, porque se oían en la escalera los pasos de Lerebourg que volvía de la tienda. El negociante reapareció con una lista en la mano:

— Aquí está la nota de los géneros, y la de vuestra comisión. Guardadla con cuidado.

Sin dirigirla siquiera una ojeada, Saint-Regeant plegó el papel, y le metió en uno de los bolsillos interiores del traje. Tomó el bastón y el sombrero que había dejado al entrar sobre una mesa, é inclinándose ante madama Lerebourg dijo:

— Perdonadme, ciudadana, si tan pronto os dejo. Pero marchó mañana, y aún me quedan bastantes cosas que hacer. Me permitiréis que si encuentro algunos encajes dignos de vos, se los envíe al ciudadano Lerebourg para que os los ofrezca de mi parte...

— Vamos, Leclerc, nada de locuras, ¿eh? — exclamó el

negociante con cordialidad regañona. — Un hombre joven, debe pensar, ante todo, en ahorrar dinero. No os olvidéis de buscar ocasión para adquirir telas de Frisa. Eso es lo más sólido y lo más serio. Y, sobre todo, que no se os ocurra tenernos sin noticias...

— Un poco difícil será enviarlas... En fin, procuraré hacerlo para complaceros.

Saludó por última vez á Emilia, y descendió á la tienda acompañado de Lerebourg. Allí estaba sentado el antiguo cliente de las señoritas Zoe y Hermancia, examinando unas corbatas y guantes de seda, cambiando algunas galanterías del viejo régimen con las bonitas dependientas. Saint-Regeant pasó muy cerca de él, y dijo á Lerebourg :

— No esperéis recibir carta mía antes de quince días, y probablemente desde Alemania. Volveré por Estrasburgo y Alsacia... Si os gusta el « kirsch-wasser », os puedo enviar algunas botellas...

— ¡Pardiez! Las beberemos juntos. Adiós.

Se estrecharon la mano, y Saint-Regeant se alejó calle de San Honorato arriba en dirección á la del Árbol Seco, en cuya posada de *El león rojo* habíase alojado audazmente á su regreso á París. Tal ausencia de precauciones había desconcertado en tal manera á Braconneau, que dudó un momento y hasta se preguntó si el joven no habría renunciado á todos sus proyectos, y dedicándose á disfrutar el amor de la hermosa Emilia, en vez de conspirar y urdir tramas contra la vida del Primer Cónsul. Pero tras un momento de reflexión, concluyó por admitir que la aparente inocencia de aquella conducta no era quizá si no el colmo de la habilidad, y volvió á vigilar á Leclerc con más cuidado que nunca. Fouché, á quien había explicado minuciosamente su labor, pareció poco satisfecho de sus manejos en Lión y especialmente de la visita hecha al marqués de la Pommadere.

— Me vais á indisponer con Palacio — le hizo observar; — madama Bonaparte está más encariñada que nunca de sus nobles, y no pasa día sin que haga levantar el destierro de algún emigrado importante, que vuelve á Francia para fomentar las intrigas, ó, por lo menos, para criticar al gobierno. Regresados los Montmorency, los Narbona, los Mortemar... ahí tenéis el barrio de San Germán reconstituido... Yo creo que si el conde de Artois solicitara permiso para volver bajo pretexto de que no es candidato á la corona, se le daría la Bagatela suplicándole que no se abstuviera de fundar en ella una Corte... Ese Pommadere se quejará de vos, y Bonaparte me dirá que haría mejor en ocuparme de los filadelfos y de los manejos del general Moreau, que de los aristócratas, que se han convertido todos en unos santitos...

— El general Moreau, ciudadano ministro, no conspira, pero hace una viva oposición al gobierno consular. Tiene su partido en el Senado, medio ejército le sigue, y seguramente ha debido lamentar más de una vez el haber tomado parte en el movimiento de Brumario. Además, tiene cerca de sí á dos mujeres : su suegra y su esposa, que le aconsejan bastante torcidamente...

— Todo lo cual no es una razón para creer que conspire contra el gobierno. Un hombre como él, virtuoso como Foción... Pero es la pesadilla del Primer Cónsul...

— Sobre todo de Josefina, que ha reñido con madama Hulot, criolla también.

— ¡El diablo cargue con todas ellas! Ya era bastante difícil gobernar á los hombres solos, conque si ahora se mezclan las mujeres...

— Supongo que no entrará en vuestros propósitos que yo cese de ocuparme de Saint-Regeant...

— Ciertamente que no. Es el agente de Jorge en París, y,

en estos momentos, el hombre de confianza de los vandeanos. Coster de Saint-Victor ha salido para Inglaterra... allá se quede. Es un hombre peligroso también... No dejéis de vigilar á Saint-Regeant y á sus amigos.

— ¿Lerebourg?

Fouché hojeó un cuaderno que tenía sobre la mesa :

— Lerebourg, no; es un alma de Dios que no sueña más que con su comercio. Pero un tal Limoelan que ha sido visto en diferentes sitios con Saint-Regeant, y que me ha sido señalado como individuo que tomó parte en los últimos combates al lado del señor Stofflet... Según parece ha desaparecido de París... convendría averiguar... Últimamente se hacía llamar Buscaille.

— Bueno, haré algunas averiguaciones en la posta, y pondré sobre aviso al gabinete negro...

— ¡ Ah !, pasad por el número 113 del Palacio Real, y prevenid á Lescuyer que si vuelve á ocurrir un escándalo como el de ayer, haré que cierren el establecimiento... Una gavilla de caballeros de industria apagó las arañas de la sala del faraón, y aprovechándose de la obscuridad arrambló con todo el dinero de la banca y el de los jugadores... El dinero de la banca me importa poco, pero el de los jugadores debe ser respetado... Esas personas van al Palacio Real á jugar, no á que las roben...

— Lescuyer ha reembolsado... hasta cantidades que no habían sido robadas...

— Sea, pero no puede tolerarse tal falta de seguridad para los jugadores...

— Ciudadano ministro, dentro de veinticuatro horas puedo tener presos á los individuos que han dado el golpe...

— ¿ Los conocéis ?

— Eran cinco. Los dos que apagaron las luces se llaman Sergent y Villenois, y pertenecen á la policía de las Tullerías.

En cuanto á los otros tres, son profesionales actualmente desbancados : el caballero de la Roulliere, Leboucq y Faurie... ¿ Es necesario meterlos en la Abadía ?

Una sonrisa cruzó los labios de Fouché, mientras su ojo desaparecía bajo el párpado rojo y entornado :

— Dejad tranquilos á los tres últimos, pero poned á buen recaudo á los dos que forman parte de la policía particular del Cónsul, y enviadme un oficio

— Lo haré esta misma noche.

Fouché abrió un cajón, metió la mano en un montón de oro, y tendiendo á Braconneau un puñado de luises le dijo :

— Para vuestros gastos.

Y despidiéndole con un movimiento de cabeza, se sumió de nuevo en el trabajo.

Saint-Regeant, que no pensaba permanecer en *El león rojo* más que el tiempo necesario para dejar que la curiosidad policiaca se amortiguase, y aprovechar un momento propicio para cambiar de agujero, pasaba la mayor parte del día en su habitación. Tendido en la cama, soñaba. ¿ En qué ? Un poco, en la terrible operación que habíase comprometido á realizar, y mucho en Emilia, el sabor de cuyos besos aún sentía en los labios. Amaba apasionadamente y por la primera vez en su vida, y en aquella soñolencia que le dejaba libre la facultad de pensar, veía nuevamente á la hermosa joven sentada en la otomana, sonriéndole con aire acariciante. Ella le amaba más que lo que á sí misma se confesaba, y sus palabras, contenidas por el pudor, eran bastante menos explícitas que sus miradas. ¡ Qué dulce sería entrar de viajante en casa de Lerebourg, como éste le había propuesto ! Entonces pasaría la vida cerca de Emilia, en intimidad continua y deliciosa, terminando por ser Víctor Leclerc, efectivamente, y no hubiera soñado más en las aventuradas empresas en que se veía lanzado, desde hacía

varios años, con riesgo de la libertad y de la vida. ¡Y qué reconocimiento no le guardaría su amada si abandonara esas conspiraciones que la espantaban, por la tranquila existencia del trabajo y del amor! Y para eso aún era tiempo, porque nada de irremediable existía en su pasado. Como tantos otros que acabaron por conformarse, él había combatido la Revolución triunfante. ¿Qué le obligaba á continuar? Entrado nuevamente en Francia con autorización del Primer Cónsul, de su misma boca había escuchado la promesa, no solamente de ser absuelto si se arrepentía, sino de obtener una recompensa aún. En esta hora decisiva de su vida, no tenía más que decir una palabra y todo cambiaba para él. Cadoudal, prevenido de que renunciaba á la empresa, no podría acusarle más que de molicie, y reconquistada la independencia, volvía nuevamente á disfrutar del derecho de no hacer más que lo que juzgara útil á su porvenir y favorable á su amor.

En la vaguedad del sueño, creyó distinguir la figura de Emilia, que sonreía como para infundirle valor. Y luego, bruscamente, su pensamiento evocó la ruda y aventajada figura de Jorge, carabina al hombro, conduciendo las viejas partidas al ataque de las columnas volantes que cruzaban por Bretaña. Eran los últimos revolucionarios, después de los cuales la rebelión sería destrozada y la causa realista vencida definitivamente. Combatían uno contra ciento, acosados, traicionados, casi sin armas, haciendo, no la guerra en campo abierto, que hubiera motivado la agrupación de verdaderos ejércitos para exterminarlos, sino la guerra de guerrillas, en los rincones de los bosques, casi como bandidos. ¡Y á estos últimos combatientes era á los que él pensaba abandonar! Mientras ellos persistían, en medio de privaciones, durmiendo á campo raso, calados de agua, hambrientos, pero siempre fieles, él pensaba en hacer las

paces con el tirano para obtener las blandas dulzuras de un amor sin peligro. ¿Qué pensaría la misma Emilia de tan rápida resignación y de abandono tan fácil? ¿No sería á sus ojos un renegado miserable, después de haber sido un héroe para ella? Y el sacrificio que él haría á su ternura, ¿no se tomaría como concesión á la prudencia? ¡No, no; era imposible! Se despertó de pronto, y enrojeciendo de vergüenza ante las ideas que, aunque sólo hubiese sido en sueños, había osado discutir, decidió consagrar á sus valientes y fieles compañeros el concurso absoluto de su valor y de su fidelidad.

En el mismo momento, dieron en la puerta tres golpes espaciados de cierta manera. Saint-Regeant fué á abrir y se encontró en presencia de Limoelan, vestido de obrero, con el rostro embadurnado de yeso. Entró, se sentó, y viendo un vaso de agua sobre la chimenea, al alcance de la mano, le vació de un trago.

— ¡Uf! ¡Esto consuela! Hace un momento que, para no destruir la verdad de mi personaje, he tenido que beber aguardiente con unos camaradas... Tengo la garganta abrasada... Bueno, amigo mío, ya estás de vuelta... ¿Á qué altura estamos?

— Vamos á ejecutar el famoso proyecto... Ha llegado la hora...

— Entonces, no hay que vacilar un momento más; es necesario que abandones *El león* y que desaparezcas durante algún tiempo...

— No puedo salir á la calle sin tener un polizonte á mis zancajos...

— Yo me he hecho contratar entre los albañiles encargados de retejar la posada, á fin de poder entrar y salir á toda hora... He bebido con los agentes de Fouché... Están emboscados en el cafetín de la esquina de la calle...

— Bueno; entonces, haz lo siguiente : mañana á estas horas, tráeme un traje de obrero exactamente igual al de tus compañeros... Le pondré encima de mi ropa, me cargas con un cuezo de yeso y con un fardo de sacos vacíos que impedirán que se me vea la cara, y saldré tranquilamente para no volver...

— Irás todo derecho á la calle del Dragón, á casa de la señorita Grandeau, modista, que te recibirá en cuanto le digas estas palabras de contraseña : *Provenza y Artois...* Pero... ahora que se me ocurre... ¿para qué vamos á esperar á mañana? Vete ahora mismo... Somos casi de la misma estatura... Te voy á dar mi pantalón, mi blusa y mi gorra... El cuezo y los sacos están á dos pasos de aquí... Tendrás que embadurnarte el rostro para que te confundan conmigo...

— ¿Y tú?

— ¿Yo? Yo me disfrazo de Saint-Regeant y ocupo tu puesto... Saldré el primero para llevar á los sabuesos detrás de mí... y á favor de este cambio, podrás salir sin peligro y marchar tranquilamente á tus asuntos. Dentro de una hora será de noche; vas hasta la orilla del Sena, junto al Puente Nuevo... tiras el cuezo y la ropa de obrero al agua, y convertido en Víctor Leclerc te diriges al asilo de la calle del Dragón... Ya te veré mañana... ¿Te parece bien?

— Á fe mía, la ocasión no puede ser mejor. Vamos á aprovecharla.

Los dos hombres trocaron los trajes. Saint-Regeant se puso por encima de su pantalón y de su frac la blusa y los bombachos de Limoelan, se calzó borceguíes polvorientos, guardó los escaarpines en los bolsillos y el sombrero clac bajo el chaleco, y en un dos por tres alborotó la cabellera y se blanqueó el rostro con yeso. Después, saliendo al pasillo, pasó por una ventana que daba á un andamio, cogió una docena de sacos vacíos que se echó al hombro, un cuezo con

el que se tocó, y, sirviéndose de la escalera que bajaba á la calle, se fué hacia un carro lleno de materiales donde tiró los sacos y la amasadera. Se sentó sobre una de las varas con gesto de galbana, bostezó estirando los brazos y pareció dispuesto á descansar un rato. De súbito, se puso de pie como asaltado por una idea repentina, dió una veintena de pasos en dirección del muelle, se detuvo, miró alrededor, vió que no le seguía nadie, y reanudando la marcha se alejó tranquilamente. Durante todo este tiempo los señores de la policía estaban muy ocupados en jugar un partido al tute, y no se molestaron ni siquiera para seguir á Limoelan. Los dos confederados se fueron cada uno por su lado, sin riesgo alguno.

Llegado al Puente Nuevo, Saint-Regeant volvió á ser el elegante de los tiempos normales; hizo un paquete de los miserables harapos que acababa de quitarse y los llevó bajo el brazo en previsión de que otra vez los necesitase. Cuando llegó á la calle del Dragón, examinó detenidamente la casa que ostentaba el número 35. Era una fábrica de dos pisos, en cuya planta baja tenía el despacho un boticario; en el primer piso se veía un rótulo en letras doradas que decía : VIRGINIA GRANDEAU — *Modas*. Y por encima las bohardillas. Una puerta bastarda, cerrada durante el día por una reja no muy espesa, abría á un pasillo oscuro y húmedo. Saint-Regeant empujó la reja que, con gran disgusto suyo, hizo sonar una campanilla al abrirse, pero nadie apareció. Atravesó el pasillo, ganó á tientas una estrecha escalera cuyos peldaños apenas estaban alumbrados por una pequeña claridad cenital, y subiendo rápidamente al primer piso, llamó á una puerta pintada de oscuro que sobre un óvalo de tela negra ofrecía al visitante esta repetición del rótulo exterior : MODAS — *Virginia Grandeau* — *Sombreros y adornos*. Un paso lento se dejó oír en el interior,

y poco después se abrió la puerta y apareció una mujer en cofia y delantal azul.

— ¿Qué desea el ciudadano? — preguntó con tono de asombro.

— Hablar con la ciudadana Grandeau.

— ¿Es para algún tocado?

— Sí, — respondió Saint-Regeant con una sonrisa; — es para un tocado.

La vieja gruñó unas cuantas palabras incomprensibles, volvió á cerrar la puerta é introdujo á Saint-Regeant en una piececita llena de mesas soportadoras de modelos. Al cabo de breves instantes, una mujer de unos treinta años, delgada y pálida, entró y examinó á Saint-Regeant con suma atención :

— ¿Es á la ciudadana Grandeau á quien tengo el honor de hablar? — preguntó el joven.

— Sí, ciudadano.

— Entonces, estoy encargado de deciros dos palabras : *Provenza y Artois*.

Á estas palabras, la fisonomía de la modista cambió de repente y mostró una franqueza completa :

— ¡ Ah! , ¿sois vos el señor á quien espero desde hace una semana?... Es una suerte que hayáis venido anochecido... Las operarias han marchado ya, y no podrán sospechar vuestra presencia aquí... En cuanto á la vieja Maturina, podéis estar tranquilo de su fidelidad...

— Su acogida no ha sido de las más cordiales...

— Es muy desconfiada, lo cual supone una garantía más para vuestra seguridad... Voy á presentaros á ella... ¡ Maturina!... Ven un momento.

Apareció la vieja, y haciendo un mohín preguntó :

— ¿Vais á tocar á ese cliente, señorita?

— No; no vamos á tocarle, sino á esconderle...

— ¿Es uno de nuestros señores?

— Sí, Maturina; es un enviado de Jorge.

— En ese caso, sed bienvenido á esta casa, — añadió la vieja con deferencia. — Y para que vuestras bacheleras no le vean, señorita, será necesario que el señor consienta en pasar los días en el escondrijo del obispo.

— ¡ Oh! , no os preocupéis por mí, — observó Saint-Regeant. — Estoy acostumbrado á privarme de comodidades... y en la guerra las he pasado peores...

— No tendréis que sufrir molestia alguna — respondió Virginia — si no es la de estar encerrado todo el día... Venid, que os enseñe vuestra habitación.

La modista tomó por obra el camino de un pasillo que á la cocina conducía. Abrió una alacena en cuyas baldas estaban alineados platos, vasos, y provisiones corrientes, tales como azúcar, café, harina. Apoyó un dedo sobre el muro, bajo un travesaño; se oyó un crujimiento y el fondo entero del armario giró, descubriendo la entrada de una habitacioncita de nueve pies de largo por seis de ancho. Una cama, un armario, una mesa y dos sillas constituían el mobiliaje, y la única claridad penetraba por una aspillera enfrentada al patio interior. Tal como estaba colocada, la estrecha abertura parecía lanzar su luz sobre la cocina, y nadie que no fuese el arquitecto que la había trazado, podía adivinar que estaba colocada precisamente en el espesor del medianil. Porque aquel reducto no pertenecía al piso ocupado por la modista, sino á la casa vecina de la cual ocupaba un ángulo. La ingeniosidad de esta combinación, debido á pertenecer ambas casas al mismo propietario, había prestado grandes servicios á la causa realista durante el Terror. El primero que ocupó aquel escondrijo, monseñor Carbonieres, le había dado nombre : el escondite del obispo. Después, buen número de proscriptos habían

vivido entre sus muros, y nunca la menor sospecha vino á turbar la seguridad de los habitantes.

— Tendréis libros y papel para trabajar ó para distraeros. Conviene que no hagáis mucho ruido al pasear, pues aunque el muro es muy espeso, pueden notar algo los vecinos. Por el lado de la cocina no tenéis nada que temer. Estaréis encerrado durante el día, y saldréis por la noche, si es que tenéis necesidad de salir.

— ¿Y si quieren verme?

— Se dirigirán á mí con la palabra de contraseña, y lo demás corre á mi cargo.

— ¿Podría prevenir á cierta persona que estoy en seguridad?

— Maturina ó yo podemos llevar una carta, si así lo deseáis.

— ¡ Ah!, ¡ cuánto os lo agradeceré!

Puso Saint-Regeant tal efusión en aquellas palabras de gratitud, que la modista se echó á reír :

— ¡ Ah, joven imprudente — exclamó amenazando con un dedo á Saint-Regeant, — no es á un hombre á quien pensáis dar tan buenas noticias! ¿Es así como vais á ayudarnos á protegeros?

— La mujer de quien se trata no puede hacerme correr ningún peligro, — respondió vivamente Saint-Regeant. — Antes se perdería que comprometerme. Por lo demás, ¿no puede venir ella á casa de una modista? Y vos misma, ¿no podéis ir á casa de ella, que vende cintas, sedas y terciopelos?

Virginia Grandeau volvió á recobrar su seriedad, y replicó con firmeza :

— Bueno; por una vez, sea; pero dos, os aconsejo que no. Hay un interés de partido que no sacrificaremos á vuestras fantasías. Yo he prestado grandes servicios á mis amigos, y

quiero continuar prestándoselos aún, y el medio mejor para lograrlo no será ciertamente el de dejar que se descubra mi secreto para que os arresten conmigo. De manera, que os sometéis á nuestras costumbres, ó volvéis á recobrar vuestralibertad. ¿Estamos de acuerdo?

— De acuerdo.

— Bien. ¿No habréis cenado todavía, verdad?... Bueno, pues si queréis, vamos á la mesa, y allí charlaremos un poco más de todas estas cosas...